

¿PEQUEÑECES ESPAÑOLAS?

En este país ocurren constantemente cosas que pasan sin pena ni gloria. Y a los ojos de la gente resultan pequeñas, pero en realidad tienen gran importancia.

Otras veces, en cambio, se arma un mayúsculo revuelo externo por ciertos acontecimientos que ocurren en el campo de la religión o la moral, y nadie analiza a fondo el asunto objeto del escándalo porque cada uno se clasifica en la banda de sus amistades y preferencia de moda o de sentimiento sin ejercer el más mínimo juicio independiente.

Con eso hacemos un flaco servicio al porvenir cultural del país, porque remachamos el clavo de la rutina, el sectarismo o la emotividad apasionada, que han sido desde hace cuatro siglos desgraciadas características de una mayoría de españoles, y así de mal nos ha ido durante años y años, principalmente desde el negativo advenimiento de nuestros Reyes Católicos, expresión cumbre de esa actitud parcialista magnificada e incensada en manuales escolares, libros de Historia y monumentos que quieren recoger nuestras pretendidas glorias nacionales.

Pero la realidad, si bien se mira, fue otra ayer y sigue siendo muy diferente hoy también. Veamos algún ejemplo.

Ya no nos queda a los católicos españoles más que una Revista específica semanal con una buena tirada, que tenga peso para cualquiera que la lea. Se trata de la veterana "Vida Nueva". Su trayectoria fue de una postura ligeramente novedosa hace bastantes años, a una actitud progresista moderada, pero inteligente, que inauguró José Luis Martín Descalzo como director, y amplió y puso más al día todavía Bernardino H. Hernando. Se podrían discutir ciertos planteamientos, algunas selecciones de temas o asuntos, determinado estilo en algún que otro comentario; pero el balance era, y es, francamente positivo. Y, lo que todavía es más importante, su pensar representa un ancho campo en la cada vez más escasa opinión pública católica del país. Por eso los integristas ultraconservadores la repudian, los obispos la ven con recelo, y lo mis-

mo la Roma vaticana, que la cumbre del episcopado latino-americano —por boca de su líder, monseñor López Trujillo—, la tienen enfilada.

Con esto se comprueba una vez más que el aparato eclesiástico burocrático y dominador no permite nada más que la sumisión y la docilidad, de acuerdo con sus estrechos deseos, sin dejar espacio al pensamiento, la reflexión o la independencia de juicio.

Hace pocos días hemos estado a punto los católicos de quedarnos sin un semanario específico, como éste, que no fuese solamente el portavoz de la apagada, anodina y corta voz de la jerarquía eclesiástica española. Porque los obispos han estado a punto de conseguir acallar tal voz, y transformarla en la "Voz de su Amo".

Y gracias a que algún prelado de la Comisión Permanente del Episcopado, con más seso que otros, ha reaccionado inteligentemente, y ha hecho ver a sus colegas lo desmedido de una actitud tan drástica, conservadora e inoportuna en un momento en que, poco a poco, se va apagando la presencia del catolicismo en el país, y empezamos a estar solos en la palestra religiosa los pocos guerrilleros de siempre.

¿Pequeñeces diréis? Sí, pequeñeces para muchos españoles, pero acontecimientos significativos para otros que defendemos en nuestra Iglesia la presencia de una opinión pública auténtica, que no sea la simple "cabezada" que los aragoneses acostumbra a dar en los duelos, sino unos juicios responsables que enriquezcan nuestro pensamiento, nuestra actitud y nuestra presencia pública y manifiesta en un país que pretende ser democrático, y en una Iglesia que el Concilio nos enseñó que debía admitir el pluralismo de opiniones porque los fieles no somos ovejas mudas.

El segundo grupo de acontecimientos significativos representan la espuma superficial y agitada que parece una importante tormenta, y, sin embargo, no se profundiza en ella para ver que no es nada. Se han dado así dos sucesos que han estado día tras día en las primeras planas de los periódicos: el caso del teólogo germano

Küng, y el en pocos días famoso "Libro rojo del cole". Aquel pensamiento teológico se venía conociendo desde hacía años, y era patente la falta de coincidencia entre su pensamiento y el de la más alta jerarquía católica, que está todavía abroquelada en el Vaticano como en una fortaleza de otros tiempos. Y el librito rojo se conocía también desde hacía bastantes años, pero nadie lo había aireado en España. Su contenido, ya pasado, expresa muchos conceptos razonables, otros poco demagógicos y sin bastante profundidad, y otros más que se han quedado anticuados, porque corresponden a una ingenua época de contestación disgregada que ya pasó en el mundo civilizado, y se presentan en un tono de catecismo dogmático profano que resulta ingenuo para nuestro tiempo más maduro.

De Küng mucho se ha escrito, pero, ¿cuántos hemos dramatizado el asunto y dicho que Küng no es el progresista demoleedor que se nos ha presentado en la prensa de derechas, sino un pensador típico europeo y sin más avances que los usuales en la Iglesia de otros tiempos, a pesar de las alabanzas que ha hecho de él la izquierda?

Y del "Libro del cole", no digamos: cuando ya en Europa están de vuelta de su ingenua factura, nosotros nos dividimos como niños en dos bandos irreconciliables: el de los "buenos" que se escandalizan de todo lo contenido en él sin valorar lo positivo y lo negativo, y el de los "malos" que lo alaban como un talismán educativo para nuestros niños y adolescentes.

Ni una cosa ni otra. Ni pequeñeces, ni tormentas en un vaso de agua. Acostumbrémonos más bien a ejercer la crítica con todo: lo mismo con lo ultraconservador que con lo ultraizquierdista; lo mismo con lo que está de moda que con lo que no lo está. Como nos enseñó nuestro maestro Nietzsche desde su increencia, o nuestro maestro Jesús desde la creencia.

Sólo con este escalpelo de la razón podremos desbrozar en España el camino hacia un futuro cultural y humano más satisfactorio, y no con actitudes viscerales o reacciones emotivas inconscientes de poca madurez. ■

